

LA OPINIÓN

Bisemanario independiente

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En Almería, un mes.	1	peseta
Fuera, trimestre.	3	50 »
Extranjero, un año.	20	»
Número suelto corriente.	10	»
Atrasado.	25	»

Director propietario: J. Sánchez Rueda

Puntos de suscripción

En la Administración de este periódico, en la librería de D. Fernando S. Estrella y en casa de nuestros corresponsales.—No se devuelven los originales.—Pagos anticipados.
TODA LA CORRESPONDENCIA AL DIRECTOR.

Redacción y Administración,
Calle de Granada, núm. 47

DESPEDIDA

En virtud de contrato que hemos firmado hoy, LA OPINIÓN dejará de publicarse por haberse refundido en *El Pueblo*.

Los señores que nos han favorecido con la suscripción recibirán desde el lunes próximo, el segundo de dichos periódicos que se publicará diariamente sin alterar el precio puesto que solo costará una peseta al mes.

Por esta cantidad tendrán nuestros abonados un periódico diario, de amena é interesante lectura, verdadero defensor de los intereses de esta provincia, independiente y con extensa, rápida y auténtica información telegráfica.

Nuestros suscriptores de nuestra gratitud han dispensado, en el impuesto los sacrificios que hemos padecido diario.

Combates navales de la antigüedad

Fragmento de *BEN-HUR*, hermosa novela norteamericana de Lewis Wallace, publicada por primera vez en España, y que acaba de poner á la venta la casa Maucci de Barcelona.

(CONTINUACION)

Sobre él pesaba el fallo de una condena de Roma; mientras estuviera pendiente sobre su cabeza, la huida le sería absolutamente inútil. En toda la extensión de la tierra no había lugar seguro para él contra la justicia imperial.

Solo obteniendo la libertad conforme á los procedimientos de las leyes, solo por una absolución podría habitar tranquilamente en la Judea y ejecutar sus piadosos y filiales propósitos de dedicarse á la felicidad de su familia. El no podía ni quería vivir en otro país. ¡Buen Dios! ¡cuanto había suspirado, cuanto había rogado por esta absolución! ¡Y cuanto tiempo se iba retardando! Ahora por primera vez la había visto deslumbrante ante sus ojos en la promesa del tribuno. ¿Que otra cosa significaba la simpatía de Arrio? Y ahora, ¡este bienhechor tan anhelado podría ser muerto! ¡Y una vez muerto no había de venir á cumplir el compromiso que contrajo en vida! No, no era posible, Arrio no debía morir. En último caso era preferible perecer á su lado, que vivir eternamente como esclavo en una galera. Otra vez echó una ojeada á su alrededor. Sobre la cubierta continuaba más encarnizada la pelea. Los navíos mismos crugían amenazando abrirse é irse á fondo. Sobre los bancos los esclavos luchaban desesperadamente por soltarse las cadenas, y hallando vanos sus esfuerzos, rugían como locos

furiosos; los guardias los habían abandonado yendo sobre cubierta; la disciplina se relajaba y el pánico venía á ocupar su puesto... Pero no, el jefe estaba aún inmóvil en su asiento, tranquilo como siempre, con su batuta de hierro en la mano, inerte. Ben-Hur le echó una última mirada y se lanzó hácia cubierta, no para huir, sino para velar por la vida del tribuno.

Un pequeño espacio le separaba de la escalera de la escotilla de popa; la alcanzó en un salto y ya estaba casi en lo alto de la escala, bastante alto para echar una ojeada sobre el cielo enrojecido por el incendio, sobre los dos buques aferrados uno á otro, sobre el mar sembrado de naves y de despojos, sobre el combate desigual en que los asaltados eran muchos y pocos los defensores. Cuando sintió recostarse bajo sus pies el que lo sostenía, arrastrándolo al

cuando él cayó, le pareció que... como trabajado por una fuerza... for que lo desgarrase, y en efecto, en un momento, toda la parte posterior del casco se abrió, y como si estuviese acechando su presa; el mar penetró espumante invadiendo todo el fondo. Todo quedó en la obscuridad.

No podrían describirse los esfuerzos que en su angustia hizo el joven judío en tal extremidad. Además de su vigor natural, le ayudaba esa otra fuerza que la naturaleza humana parece reservar para estos peligros supremos; sin embargo la obscuridad y el bramido de las aguas lo aturdió y se sintió hundirse bajo las aguas. Contuvo el aliento y se agarró al primer objeto que se ofreció á su mano, que para suerte suya era un madero suelto. Sea como fuera, al fin pudo elevarse á la superficie del agua y ponerse á flote. El tiempo que había permanecido debajo, en las tinieblas, le había parecido una eternidad. Al fin logró respirar el aire fresco de que se llenaron sus pulmones, que lo aspiraban con ansia; se sacudió el agua que llenaba sus cabellos revueltos sobre sus ojos cegándole; se aseguró después solidamente sobre el madero que lo sostenía y miró su alrededor. Había visto ya una vez la rápida faz de la muerte en el fondo de las tinieblas, en que había estado á punto de ahogarse; ahora, á la roja luz del incendio, se le apareció de nuevo bajo mil formas distintas.

El humo se extendía sobre la superficie del mar como una niebla semi-transparente, á través de la cual brillaban aquí ó allá hogueras de intenso brillo; eran los buques que ardían. La batalla continuaba y él no podía decir quién era el vencedor. Por cuanto espacio abarcaban sus ojos, veía pasar los buques como negros fantasmas, visibles solo cuando pasaban por delante de una loguera ó se encontraba cerca de ella.

A través de la niebla, en la obscuridad, sentía el choque de los buques que se buscaban en un abordaje mortífero. El peligro era

inminente por todos lados. Cuando la «Astrea» se vino á fondo, sostenía sobre su cubierta no solo su propia tripulación, sino las tripulaciones de los dos navíos que la habían atacado al mismo tiempo; todos fueron tragados por el mar. Algunos salieron á la superficie asidos al mismo madero y sobre él continuaban el mismo combate que quizá había empezado antes del naufragio. Retorciéndose enlazados á veces en abrazo mortal, ó golpeándose á veces furiosamente con la espada ó la javelina, mantenían el mar en una constante ebullición; las olas negras como la tinta por un lado, tomaban matices sangrientos por el lado herido por el incendio.

Ben Hur no tenía que ver nada en estas fieras luchas; todos eran igualmente sus enemigos; cualquier podría venir á disputarle la tabla que lo sostenía. Se dio prisa á alejarse cuanto pudiera.

Sr. Alcalde

Los vecinos de la calle de San Cristóbal, están en constante alarma, por el solo hecho de tener que soportar las impertinencias de unas vecinas que viven en dicha calle, conocidas por las *Africanas*, las cuales no se contentan con usar el lenguaje culto, sino que también tienen abandonado el interior de su domicilio, por cuya causa sale un olor, que ruboriza á la higiene.

Como creemos que la paz y la salud deben ser apadrinadas por S. S., esperamos que en esta ocasión haga justicia á la queja de los vecinos y á la de la prensa.

De no ser así, prometemos tratar este asunto, con más bríos en el número próximo.

A la prensa

Al despedirnos de ella y del público, no tenemos más remedio que dar las más expresivas gracias por las deferencias que han tenido con LA OPINIÓN, durante los cuatro años que se ha publicado.

Crítica

El Abogado H, pone en copocimiento del público y del autor del drama *Mari-Sol*, recientemente estrenado en nuestro teatro de Variedades, que la crítica que tiene ofrecida hacer en las columnas de LA OPINIÓN, la hará en *El Pueblo*, á causa de no tener espacio suficiente en la presente hoja.

Como el número diario de la noche su tituye á LA OPINIÓN, creemos un deber hacer esta aclaración.

Zapatero

Ofrece sus servicios Juan Felices Zapata, en la calle de Alarcos, 50.

Tip. de La Purísima Concepción.

Miguel Reina de Villaverde
Recebo

1901

ALMÉRÍA

ALMÉRÍA

ALMÉRÍA

ALMÉRÍA

ALMÉRÍA

ALMÉRÍA

ALMÉRÍA

ALMÉRÍA

